

Representación social e imaginario colectivo en la ocupación chilena de Arequipa (1883)¹

Daniel Parodi Revoredo
Pontificia Universidad Católica del Perú

1. Introducción

La ocupación chilena de Arequipa, que tuvo lugar el 28 de octubre de 1883, es uno de los acontecimientos más polémicos de la Guerra del Pacífico. En este caso en particular, el debate no solo se desarrolla en los círculos académicos sino que se reproduce cotidianamente en diversos espacios de la vida pública y privada.

Es difícil precisar cómo se origina la discusión, pues participan de su génesis diversos elementos motivadores, tales como la tradición oral y la historiografía. Es posible que también lo hagan otros más subjetivos e inconscientes, como pueden serlo el sentimiento nacional (nacionalismo) y la necesidad colectiva de encontrar respuestas a un traumático contraste militar.

En los años que dediqué al estudio de la segunda fase de la Guerra del Pacífico (Parodi 2001) tuve ocasión de conversar con personas de distinta procedencia; provincianos en algunos casos, limeños en otros; gente de estrato social alto, medio,

¹ A mi padre, en el convencimiento de que estas líneas demuestran que nuestros pensamientos nunca se alejaron demasiado. A las doctoras Liliana Regalado y Margarita Guerra; al R.P. Jeffrey Klaiber; al doctor Roberto Criado; al licenciado Dante Antonioli y al ingeniero Rafael Savarain; y en todos ellos a la Pontificia Universidad Católica del Perú, por los quince años de inolvidable convivencia. Para Elisa.

bajo, etc., con la finalidad de indagar cuál era el concepto que tenían de la Guerra aquellos individuos que poco o nada tienen que hacer con la disciplina histórica.

En aquellas conversaciones pude recoger múltiples testimonios que abarcaban diferentes aspectos relacionados con la Guerra del Pacífico; sin embargo, los relatos que más llamaron mi atención fueron los vinculados con la ocupación chilena de Arequipa.

La mayoría de mis “encuestados” solía detenerse a analizar dicha problemática, y lo hacía denotando un apasionamiento que traslucía desengaño y frustración; definitivamente el contenido latente de sus testimonios expresaba sentimientos nacionalistas. Además, resaltaba nítidamente en sus palabras la convicción con la que emprendían una narración que, contrastada con el conocimiento presente, solo tenía de real la mención de que, efectivamente, la ciudad de Arequipa fue ocupada por el ejército chileno.

Sucintamente, los testimonios señalaban que Arequipa fue ocupada en el contexto de la “Campaña de Lima”. “Claro pues —señaló un encuestado— cuando los chilenos venían para Lima, Arequipa les abrió sus puertas y los dejó pasar para que no les incendien su ciudad”. A estos relatos, siempre diferentes pero aproximados, se añadía epítetos que calificaban a la ciudad del sur del Perú como traidora; en otros casos se hablaba de alianzas de naturaleza económica entre los arequipeños y los chilenos, y en otros más se explica el hecho aludiéndose al excesivo regionalismo de sus habitantes.

En síntesis, si otorgásemos veracidad a estos relatos, deberíamos suponer que la ocupación de Arequipa se produjo un día de finales de 1880, toda vez que la ocupación de Lima tuvo lugar el 17 de enero de 1881. La realidad, sin embargo, es muy diferente.

Arequipa fue ocupada el 28 de octubre de 1883, casi tres años después de que le sucediese lo mismo a la capital del Perú. Cuando se produjo la toma de Arequipa hacía ocho días que el gobierno colaboracionista de Miguel Iglesias había suscrito la paz con Chile a través del Tratado de Ancón. En ese sentido, la empresa a Arequipa fue la última de la Guerra del Pacífico.

Los objetivos de esta misión eran en esencia dos: de un lado había que acabar con la alianza peruano-boliviana que, a través de la unión de las gestiones presidenciales de Lizardo Montero en Arequipa y Narciso Campero en la Paz, había renovado sus lazos. Su vigencia, además, le restaba legitimidad a los acuerdos suscritos entre Miguel Iglesias y los chilenos. Por otra parte, era imprescindible acabar con el gobierno de Arequipa que, en el lapso que duró (31 de agosto de 1881 a 28 de octubre de 1883), había logrado reunir importantes medios militares para la defensa de los intereses de la Alianza (Parodi 1999: IV; V).

¿Qué hacer entonces con los relatos antes reseñados? ¿A qué motivaciones responden? Contestar las anteriores preguntas es el objetivo principal de este trabajo. La tarea no es fácil, pues comprende el estudio de una manifestación social de naturaleza evidentemente subjetiva. El primer paso para lograrlo es precisar qué tipo de fenómeno social es el que se expresa a través de aquellas narraciones.

2. La ocupación inventada de Arequipa: una representación social

Sesgados por la influencia de nuestra tesis para optar el grado de licenciado, pensamos, en un principio, utilizar el aporte teórico de Benedict Anderson, así como su definición de nación entendida como una construcción imaginaria, como un artefacto burgués (Anderson 1997: Introducción). Sin embargo, esta descripción nos pareció luego inadecuada para enfocar nuestro caso toda vez que, según el mismo autor, la construcción del artefacto cultural "nación", aunque pudiese ser espontánea en su origen, no tarda en asumir importantes niveles de autoconciencia. Además, se transmite a través de la palabra escrita en sus diferentes formas: revistas, periódicos, novelas y otras publicaciones.

Para nuestro caso particular notamos, en primer lugar, que se trata de un fenómeno colectivo espontáneo; no se trata de un producto burgués, ni responde a motivaciones conscientes. En segundo lugar, jamás a través de medio escrito alguno se ha

difundido la versión de que Arequipa fue ocupada en el contexto de la "campana de Lima", lo que resulta evidente toda vez que dicha expedición, para acceder a la mencionada capital departamental, hubiese tenido que desembarcar en Mollendo, trasladarse a Arequipa, regresar a Mollendo y reemprender el camino hacia la capital del Perú. Demás está decir que la excursión no se detuvo en aquel lugar y que el desembarco principal se produjo en Lurín, apenas unas decenas de kilómetros al sur de Lima.

Fue por ello que desestimamos una interpretación teórica que partiese de las premisas de Benedict Anderson. Más bien, nos parece que las definiciones que establece Denise Jodelet (1984) acerca de las representaciones sociales sí pueden ajustarse al fenómeno que venimos estudiando. Para Jodelet, que basa sus apreciaciones en los estudios de Serge Moscovici, la representación social se define como "una actividad mental desplegada por individuos y grupos a fin de fijar su posición en relación con situaciones, acontecimientos, objetos y comunicaciones que los conciernen" (Jodelet 1984: 473). La representación social es, además, espontánea y atañe al sentido común; es una "construcción social de nuestra realidad" (Jodelet 1984: 473).

La siguiente pregunta es por qué se edifica una representación social para el caso que nos ocupa. Como suele suceder, esta interrogante acepta diversas respuestas; nosotros ensayaremos algunas.

La primera atañe a la divulgación de los acontecimientos de la Guerra del Pacífico en nuestra sociedad. Tradicionalmente se divide este conflicto en campañas militares: una campaña naval (que concluye con la captura del monitor Huáscar en Angamos), tres campañas terrestres (Tarapacá, Tacna y Arica, y Lima), y una resistencia (Cáceres en la sierra central). Tras la derrota de Cáceres en Huamachuco, el 10 de julio de 1883, se pasa directamente a los prolegómenos del tratado de Ancón, tras cuya firma concluye el conflicto. El anterior esquema, que es el que se difunde cotidianamente a través de espacios públicos como la escuela y otros, omite la expedición chilena a Arequipa. No obstante, por medio de la tradición oral sí se conoce

que la mencionada ciudad fue ocupada y, por añadidura, se cuestiona severamente el hecho. Esta podría ser la razón que explique la creación espontánea de una representación social acerca de la citada ocupación. Ante una evidente laguna de conocimientos, la colectividad ha colocado el hecho en la fecha que creyó más oportuna, respondiéndose a sí misma la siguiente pregunta: ¿Cuándo se produjo la ocupación de Arequipa? Sobre este tipo de manifestación social, Jodelet señala que “representar es sustituir a, estar en lugar de, restituir simbólicamente algo ausente, aproximar algo lejano” (Jodelet 1984: 475).

La segunda respuesta, más subjetiva aún, atañe a la necesidad de explicar un trastorno o desastre, en este caso, la derrota peruana en la Guerra del Pacífico. Me parece que Arequipa cumple, para este objetivo, el papel de “chivo expiatorio”. Cotidianamente parece más fácil explicar el contraste del Perú en la Guerra identificando un objeto que funja de receptáculo de una frustración colectiva en lugar de establecer un análisis que abarque consideraciones más profundas.

Es claro el sentimiento de desengaño que brota tras la guerra y que requiere respuestas para explicar la derrota. Además, siendo la ocupación de Arequipa el último acontecimiento del conflicto, es posible que haya sido arduamente discutido en aquel momento, como lo demuestran algunas publicaciones periodísticas de la época. En ese sentido, es probable también que amplios sectores de la colectividad hayan cifrado sus últimas esperanzas en la ciudad o, de manera más precisa, en el ejército que estaba acantonado en ella y que dicha esperanza, tras el descalabro del gobierno y del ejército del sur, haya agudizado el sentimiento de frustración.

Sobre el particular, Bernard Lewis señala que “la invención puede ser de varios tipos y cumplir funciones diversas. En términos generales tiene como propósito embellecer, corregir o eliminar todo lo desagradable del pasado y sustituirlo por algo más aceptable y más acorde con los objetivos que se persiguen” (Lewis 1979: 73).

En nuestro caso no existe un afán de embellecimiento, pero sí la necesidad de una explicación para la colectividad. Arequipa, protagonista de rivalidades regionales, parece satisfacer

el requerimiento: "claro pues, Arequipa los dejó pasar para que no les incendien su ciudad".

En este caso, Arequipa adopta las características de un individuo o persona natural, que debe responder por sus actos, y no las de una colectividad compleja con diferentes grupos sociales y de interés económico. Sobre este caso en particular, la producción historiográfica ha desempeñado un importante rol, el cual analizaremos en el siguiente acápite.

3. El juicio de la historia: las corrientes historiográficas acerca de la ocupación chilena de Arequipa

Lector imparcial: tú servirás de tribunal y darás tu fallo: ¿quién es el responsable y sobre quién pesa directamente el desastre de Huasacache y Jamata? (Muñiz 1907: 255).²

Hace más de cincuenta años Marc Bloch cuestionó a los historiadores que veían a la historia como "el tribunal del pasado" y que pretendían constituirse en jueces de los acontecimientos del tiempo pretérito. Nuestra referencia al viejo maestro francés no pretende desconocer los años transcurridos ni las nuevas tendencias que nos separan de los inicios de la escuela de los *Annales*. Sin embargo, regresamos a Bloch toda vez que sus planteamientos rejuvenecen cuando los confrontamos con el tratamiento que se ha brindado al estudio de la ocupación chilena de Arequipa. Al igual que en el caso del "viaje de Prado", el suceso que nos ocupa ha generado la polarización de los historiadores: unos acusan y otros defienden.

Es difícil precisar por qué los estudios sobre este asunto han adquirido estas características. Podríamos señalar, claro está, que estos trabajos son el producto de la escasa importancia que nuestros historiadores han brindado a los enfoques teóricos; en otros casos, subrayaríamos que son el resultado de una formación académica apenas profesional. Lo cierto es que ambos fac-

² Huasacache y Jamata son dos parajes cercanos a Arequipa, donde el ejército del sur estableció dos avanzadas defensivas.

tores, muy relacionados, apuntan a un tratamiento clásico del problema, en el que las guerras se componen exclusivamente de batallas, de generales victoriosos, de caudillos derrotados, de héroes y de villanos.

Creemos, sin embargo, que es preciso añadir otras consideraciones para describir nuestro problema. Mencionamos en el acápite anterior que una de las razones que explican la aparición de una representación social que reproduce la ocupación chilena de Arequipa es la "necesidad colectiva" de responder una pregunta fundamental: ¿Por qué se perdió la Guerra del Pacífico?

En tal sentido, consideramos que el origen de la discusión se encuentra en la colectividad, y que la historiografía vigente no ha hecho más que dotar de una cierta aureola académica o eruditizante a una polémica que, de hecho, ya se estaba desarrollando en los espacios públicos. Se trata entonces de la reproducción de la discusión colectiva en publicaciones académicas. Los historiadores no han hecho más que recoger un debate cotidiano y enriquecerlo con los aportes de sus investigaciones. Dados los parámetros citados, las fuentes fueron utilizadas para tomar partido, ya sea por un bando o por el otro.

De este modo, una corriente asume la defensa de la ciudad y asigna la responsabilidad de la ocupación a sus autoridades políticas —el gobierno de Lizardo Montero—, mientras que la otra fiscaliza su actuación indicando que la población se negó a combatir.³

De este modo vino a resultar un sarcasmo lo que en una hoja volante, distribuida entre el pueblo de la Ciudad Blanca, se había dicho por aquellos días, a saber que Arequipa estaba llamada "a redimir al Perú y Bolivia". No digo a la nación, pero ni

³ Autores como Vargas Ugarte (1984) y Dellepiani (1943) son representativos de la corriente que cuestiona la participación de Arequipa en la Guerra del Pacífico. Contrariamente, Muñiz (1907), Ballón Lozada (1979) y Carpio Muñoz (1991) representan la tendencia que adjudica la responsabilidad de los acontecimientos al gobierno de Lizardo Montero. Una posición distinta es la que adopta Nieto Vélez (1979-1980), quien es el primero en identificar las tendencias que son materia de este estudio.

aun a si misma se redimió la ciudad, abriéndole sus puertas al invasor. (Vargas Ugarte 1984: X, 292)

Así, a través de la sustentación del alegato de la "fiscalía", se ha iniciado el proceso en contra del "ciudadano" Arequipa. Las pruebas presentadas parecen contundentes, el "acusado" debía reivindicar los intereses nacionales y, en su lugar, le "abrió sus puertas al invasor".

Por su parte, la "defensa" ha elaborado una hábil coartada para desestimar las acusaciones presentadas en su contra, las que son desviadas hacia las autoridades que, en aquel trance, ejercían el poder en Arequipa:

[...] si la expedición chilena vino a esta ciudad, es indudable que precedieron ciertos arreglos entre el gobierno del general Iglesias y el del Contralmirante Montero, para abandonar esta plaza, último baluarte de la resistencia peruana, en el momento supremo y que de esta manera no hubiera resistencia y se viera obligada a abrirle sus puertas a Chile pacíficamente. (Muñiz 1907: 286)

Presentación y desestimación de pruebas: a eso parece reducirse el análisis de la ocupación chilena de Arequipa. La siguiente pregunta es: ¿otro tipo de consideraciones habría favorecido la asimilación de este debate por parte de los historiadores? Responderemos esta pregunta por partes.

En primer lugar, hemos sostenido que el debate en torno al tema que nos ocupa surge en la colectividad de manera espontánea, casi inmediatamente después de producidos estos hechos. Creemos, sobre el particular, que una serie de motivaciones subjetivas ha favorecido su reproducción con las características que ya hemos analizado.

Asimismo, pensamos que el mencionado tratamiento no se da exclusivamente para el caso de Arequipa. Nuestra historia parece estar colmada de héroes y villanos y, hasta hace unas décadas, era el análisis positivo el que caracterizaba a la mayoría de estudios históricos en el Perú.

Por otro lado, sin embargo, debemos distinguir entre la representación social que surge de la colectividad y la posibili-

dad de estar frente a una “historia inventada” desde ciertas elites. Los trabajos publicados acerca de la actuación de una serie de personajes y acontecimientos de nuestra historia republicana parecerían estar influenciados por sesgos que podrían responder a motivaciones diversas.

Es notable que Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero, cada cual a su turno, resulten el centro de polémicas que responden a las características que venimos examinando. En los tres casos, los elementos comprendidos son sometidos al “juicio de la historia” y el veredicto que ha recogido la mayor parte de la colectividad señala la culpabilidad. Este caso parece desviarse sensiblemente de los parámetros que definen una representación social.

No se trataría ya de un “conocimiento de sentido común” ni de una “construcción mental de nuestra realidad”. Más bien, parecería que se ha pretendido expiar responsabilidades en la Guerra del Pacífico, dirigiéndolas hacia el sur. Nótese que Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero están vinculados, directa o indirectamente, al eje regional del sur que, como se sabe, en diversas ocasiones mantuvo fuertes disputas con el eje norte-Lima. Nótese también que, durante la segunda fase de la Guerra del Pacífico se enfrentan en el territorio peruano dos corrientes opuestas representadas cada una por un gobierno: en el norte Miguel Iglesias y en el sur Lizardo Montero.

Montero en Arequipa no hacía la guerra pero tampoco se manifestaba dispuesto a firmar la paz con cesión territorial, es decir, según dijo García Calderón en su carta a Iglesias, “tenía el firme propósito de no hacer nada por no comprometer su responsabilidad personal [...]”. Pero Iglesias, que iba a ser un hombre resignado al sacrificio, mantuvo su posición frente a la insultante y repleta indiferencia hacia todo lo relacionado con la salvación de la patria que veía en Montero (Basadre 1961-1968: VI, 2612-2613)

Las citas anteriores ejemplifican la tendencia que acabamos de examinar. Según el punto de vista de Jorge Basadre, el presidente peruano en el sur, Lizardo Montero, se mantuvo al margen de los acontecimientos y no adoptó posición alguna,

por lo que Miguel Iglesias, presidente peruano en el norte, tuvo que sacrificar su imagen pública y aceptar las condiciones exigidas por el invasor.

El caso anterior nos obliga a volver a los planteamientos de Anderson. A juzgar por el contenido de ciertas publicaciones, parecería que se busca edificar un imaginario nacional acorde con los intereses de los sectores económicos que dominaron la escena política entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX. Desde su perspectiva, sería de provecho dirigir la discusión hacia acontecimientos y personajes cuya participación se produjo en el sur del territorio nacional. Asimismo, sería preferible diluir la polémica que gira en torno a la gestión presidencial de Miguel Iglesias y minimizar los cuestionamientos de los que podría ser objeto la participación que en el Conflicto le cupo a los grupos de poder de Lima y del norte del Perú. De esta manera, podría estar difundiéndose una versión oficial en la cual los "vencedores" estarían vertiendo su propia interpretación de los acontecimientos.

En síntesis, se ha construido un "artefacto cultural" que intenta legitimar el rol dirigencial de las elites que, una vez concluido el conflicto, continuaron ejerciendo el poder político en la nación. Dentro de ese contexto, la representación social espontánea que reproduce la ocupación chilena de Arequipa y alguna historiografía específica sobre la Guerra del Pacífico parecen haber confluído y generado una *mimesis* eficaz que se regenera con éxito en el imaginario colectivo nacional.

4. Acercándonos a los acontecimientos: la estrategia aliada en el contexto de la ocupación chilena de Arequipa

Tras el análisis que hemos realizado, la pregunta que queda pendiente es: ¿Cómo se desarrollaron los acontecimientos que culminaron con la ocupación chilena de Arequipa el 28 de octubre de 1883? En realidad no pretendemos añadir mucho a la discusión acerca de lo sucedido en Arequipa los días previos a su ocupación; más bien, vamos a plantear que la estrategia militar aplicada por los aliados se definió con bastante antelación y fue coordinada por sus autoridades políticas.

En efecto, el 16 de mayo de 1882, antes de siquiera instalarse el gobierno de Lizardo Montero en Arequipa, se reunieron en Oruro el presidente boliviano Narciso Campero conjuntamente con Manuel María del Valle y Manuel Velarde, plenipotenciario peruano y comandante en jefe del ejército del sur, respectivamente. En aquella conferencia se previó la posibilidad de una incursión chilena a los departamentos del sur del Perú y se delineó la estrategia a seguir de presentarse tal situación.⁴

Los representantes peruanos propusieron que las fuerzas bolivianas se escalonasen entre las ciudades de Oruro, La Paz y Puno para así establecer varias líneas de defensa. Consideraron, además, que las fuerzas peruanas debían resistir en Arequipa y, en el caso de que la suerte en la contienda les resultase adversa, retirarse hasta Puno para unirse allí con las bolivianas.

Por su parte, el Presidente boliviano sostuvo que combatir a las fuerzas chilenas en Arequipa resultaría inútil. En su lugar, sugirió simular una resistencia para en realidad evitarla y unir directamente a los dos ejércitos en Puno. No obstante, ante la insistencia de los representantes peruanos, aceptó Campero la primera sugerencia y se comprometió a escalonar sus tropas tal y como había sido planteado.

Sin embargo, en el contexto de la expedición chilena a Arequipa, las autoridades peruanas optaron por ejecutar el plan propuesto por Campero. En tal sentido, se desplegaron pequeñas avanzadas en Huasacache y Jamata, parajes cercanos a Arequipa, las cuales, escasas como para oponer una resistencia eficaz a las fuerzas chilenas, tuvieron que abandonar sus posiciones rápidamente. Fue entonces cuando tanto el Consejo de Ministros y la Junta de Guerra acordaron desplazar al ejército del sur a Puno. Sobre el particular, Mariano Nicolás Valcárcel, en aquel entonces ministro de estado, se expresó con las siguientes palabras:

⁴ Para toda esta sección recomendamos ver "Memorandum que consigna una conferencia del ministro plenipotenciario del Perú con el capitán general del ejército de Bolivia, general don Narciso Campero". Oruro, 16 de mayo de 1882. Archivo de Relaciones Exteriores de Bolivia (La Paz). *Tratados y convenciones entre Perú y Bolivia* 3, protocolo 80.

El día 24 tuve ocasión de formular el plan de retirada en Consejo de Ministros, haciendo presente la necesidad i conveniencia de marchar en el acto sobre Puno con el ejército, la parte de la Guardia Nacional que quisiese ir voluntariamente i todo el material de guerra; pues situados en Puno e inutilizando la línea férrea, teníamos tiempo para que se realizase el plan acordado con el gobierno de Bolivia, que se ponía en el caso de una derrota en Arequipa i de una retirada anterior a la llegada del enemigo.⁵

Lo sucedido después puede ser la génesis de la controversia que hemos estado analizando. El 25 de octubre Lizardo Montero convocó a la población a cabildo abierto para que refrendara las decisiones adoptadas. Simultáneamente, ordenó el desarme de la Guardia Nacional y el traslado del armamento a la estación del tren para que pudiese ser enviado a Puno. Por su parte, a través de la representación municipal, los sectores encumbrados de la sociedad arequipeña expresaron, en una entrevista con el presidente, su voluntad de que el combate no se realizase dentro de la ciudad.

El tenor del cabildo abierto superó los cálculos de Montero, pues la multitud reunida se expresó a favor de la resistencia contraviniendo, sin saberlo, la decisión de la autoridad política y el sentir de su homóloga municipal. Fue entonces que se generalizó un estado de confusión que derivó en un estallido popular, el que supuso la dispersión del ejército, la pérdida de los elementos militares y, tres días después, la ocupación pacífica de la ciudad.

Como hemos podido ver, tanto la estrategia militar adoptada por la alianza, como los acontecimientos que tuvieron lugar en Arequipa distan de constituir una traición, un acto de cobardía u otras consideraciones análogas. Podría señalarse, tal vez, que la convocatoria a cabildo abierto no fue oportuna pero, en todo caso, en tales circunstancias la orden de retirada ya había sido adoptada de acuerdo a consideraciones de carácter militar. Sobre el particular, es claro que el "ciudadano" Arequipa no

⁵ "Carta de Mariano Nicolás Valcárcel a Manuel María del Valle". En Ahumada Moreno 1891: 8, 363.

participó mayormente en la toma de decisiones que, como es natural, le correspondía a las autoridades políticas y militares.

Parece entonces que son consideraciones de carácter subjetivo las que han inspirado tan ardoroso debate: las circunstancias temporales en las que se desarrolla la expedición, el fin de la Guerra del Pacífico y de las posibilidades de seguir resistiendo al invasor, una revuelta que estalla en medio de un estado de confusión generalizado, una esperanza de la mano con un desengaño, la necesidad de explicar una derrota, de canalizar una frustración, un vacío historiográfico, etc.

Pareciera que, al margen de los hechos positivos, rodeasen nuestro acontecimiento una serie de circunstancias particulares que torna propicia su recreación a través de una representación social. Instalado el debate en la colectividad, la historiografía que lo retoma parece orientarlo hacia la recreación de un imaginario nacional a través del cual los sectores dirigentes de hace algunas décadas han podido deslindar responsabilidades: "claro pues, perdimos la guerra porque Arequipa le abrió sus puertas al invasor para evitar que se la incendien, porque Bolivia nos abandonó y porque Montero salió corriendo".

5. Conclusiones

Hemos analizado dos manifestaciones sociales que están interrelacionadas. De una parte, notamos la existencia de una representación social acerca de la ocupación chilena de Arequipa que ubica ese acontecimiento en un contexto que no le corresponde: el de la "Campaña de Lima". Esta "distorsión involuntaria" puede ser la consecuencia de un vacío de conocimientos; en todo caso, es claro que la colectividad no ha encontrado los medios adecuados para informarse del hecho por lo que, espontáneamente, lo ha instalado en el lugar que consideró más oportuno, dentro del esquema tradicional de la guerra que conoce.

Por otra parte, la historiografía que ha tratado este aspecto parece haber participado, con pocos elementos que la distinguen, de la polémica que aún se reproduce en diversos espacios públicos de la sociedad. Por añadidura, algunas versiones que

han sido publicadas parecen responder también a motivaciones conscientes relacionadas con intereses particulares vinculados a los sectores dirigentes. Puede señalarse, para este caso, que se trata de un artefacto cultural —imaginario colectivo— que reúne las características descritas por Benedict Anderson en su ya citada investigación.

Sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en Arequipa, estos no parecen más que el resultado de una estrategia militar diseñada con anticipación por las autoridades políticas de la alianza peruano-boliviana. Por su parte, la revuelta del 25 de octubre de 1883 no parece ser otra cosa que la expresión de la influencia que, en ocasiones, el azar puede tener en los acontecimientos. Se trató, en todo caso, de un desafortunado error de cálculo. Parece, más bien, que la serie de circunstancias particulares, subjetivas todas ellas, que envuelve este suceso, es la que mejor explica la polémica que se ha suscitado a su alrededor.

Puede señalarse que las opiniones que he vertido en esta nota, deliberadamente redactadas en condicional, son también fruto de la imaginación, en este caso de mi imaginación, y es verdad. El presente trabajo es uno de los resultados de cinco años investigando la Guerra del Pacífico en diferentes archivos y bibliotecas del Perú y de Bolivia, pero también de cinco años meditando sobre el tema y conversando con personas de muy diversa procedencia.

En tal sentido, algunas de las afirmaciones que he vertido en estas líneas no pasan de ser meras especulaciones intuitivas, que cobraron forma tras horas de reflexión. Pero ha sido mi intención intentar que otros científicos sociales se detengan a examinar estos aspectos y que los investiguen. Sería deseable encontrar un nuevo punto de partida que se inicie bajo la premisa de que nuestra historia, no solo la que leemos, sino la que conocemos, la que respiramos, se inspira casi siempre en el sentido común, está llena de lagunas de conocimiento y tiene mucho de creación intelectual.

Bibliografía

- AHUMADA MORENO, Pascual
1891 *Guerra del Pacífico. Recopilación de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia.* Valparaíso: Imprenta de la librería "El Mercurio".
- ANDERSON, Benedict
1997 *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo.* México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- BALLÓN LOZADA, Héctor
1979 *Arequipa y la guerra con Chile.* Arequipa: Talleres Gráficos de la Cooperativa de Ahorro y Crédito "El Pilar".
- BASADRE, Jorge
1961-1968 *Historia de la República del Perú.* 5ta. edición. Lima: Historia, 5.
- CARPIO MUÑOZ, Juan et al.
1991 *Arequipa en la guerra con Chile.* Lima: Nuevo Mundo.
- DELLEPIANI, Carlos
1943 *Historia militar del Perú.* 2 vol. Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra.
- JODELET, Dense
1984 "La representación social: fenómenos, concepto y teoría". En Dense Jodelet et al. *Psicología Social II.* Barcelona: Paidós.
- LEWIS, Bernard
1979 *La historia recordada, rescatada, inventada.* México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- MERCADO JARRÍN, Edgardo
1979 *Política y estrategia en la guerra de Chile.* Lima.
- MUÑIZ, Carlos María
1907 *Arequipa y el gobierno del contralmirante Montero.* Arequipa: Litografía Muñiz.

NIETO VÉLEZ, Armando S.J.

1979-1980 "Vicisitudes del gobierno provisional de Arequipa (1882-1883)". *Revista Histórica*. 32: 99-147. Lima: Academia Nacional de la Historia.

PARODI REVOREDO, Daniel

1999 "La laguna de los villanos. Segunda fase de la Guerra del Pacífico (1881-1883)". Tesis de Licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

2001 *La laguna de los villanos: Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero en la Guerra del Pacífico (1881-1883)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Francés de Estudios Andinos.

VARGAS UGARTE, Rubén

1984 *Historia general del Perú*. 2da. edición. Lima: Milla Batres, 10.